

## Formas optimistas de resistencia

**Oficio: periodista. Reportajes, crónicas, perfiles, artículos de opinión**  
Héctor Rincón

Hombre Nuevo Editores, Medellín, 2001, 341 págs.

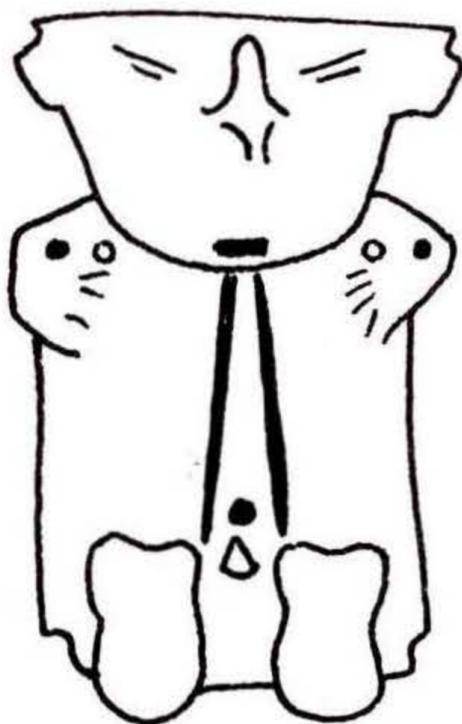
Dios nos guarde de los elogios de Antonio Caballero si, como en el prólogo de este libro, a ellos nos atenemos. Son las consabidas bendiciones de un periodista famoso que —se supone— avalan los libros de los buenos periodistas menos famosos. Y lo cierto es que, como los buenos estrategas, Caballero defiende y ataca al mismo tiempo, y al final uno no sabe si se dio el lujo de denostar al personaje en su propia cara o de ensalzarlo. En todo caso, esas palabras liminares señalan la esencia de este libro. El tono de Héctor Rincón sería la naturalidad. Escribe como le va saliendo, dice Caballero. Esto puede ser tanto un elogio como una acusación de ligereza. Solamente no corrige el que tiene que entregar para el día siguiente. En cualquier otro caso, sería inexcusable. Rincón escribe demasiado como le va saliendo, tal vez.

Para comenzar, el autor se presenta a sí mismo, pidiendo que la lectura nos deje cualquier sensación que no sea la de la indiferencia. Petición de principio, desde luego. El autor aspira a “mantener vigente una afición por el dato, una curiosidad para mirar debajo de las piedras y hurgar no la apariencia sino los segundos y terceros planos que es donde aparece el detalle que grita”. O sea, todo lo contrario de lo que afirma Caballero.

Entonces cabe preguntarse si será la realidad lo que defiende, o al menos su forma de ver la realidad. Se trata de ver más allá del desastre en un país que está desencantado y resentido. Se trata de tener razón sin caer en la obviedad. Se trata al menos de buscar formas optimistas de resistencia. Quizá, me digo, haga fal-

ta más resistencia intelectual, acaso porque han ido matando a los pocos que la oponían.

Hablaré primero de las que me parecen debilidades en este libro y, por qué no decirlo, en la obra de la inmensa mayor parte de nuestro periodismo. Quizá soy injusto con uno de ellos endilgándole los pecados de todos, que es lo mismo que le reprocharé ahora más adelante. Si es así, mea culpa, la culpa es mía y solo mía.



Si un periodista es “natural”, no nos debería extrañar mucho su falta de consistencia. A menudo Rincón parece escribir por escribir. Es la necesidad de la nota diaria o semanal. Lo que hace que el resultado sea a menudo tan trivial, literatura de banco de parque, o mejor, literatura para el olvido, como dice Borges. Henry James diría de un libro así que se trata de una simple serie de escenas disparejas que no enlazan ninguna tonalidad dramática verdadera.

Para apoyar lo que sugiero, examinemos brevemente algunos de los temas. En una crónica, Rincón emprende una cruzada contra los parlantes callejeros, que hacen de éste un país en el cual es imposible estar en un lugar público conversando sin que a uno lo traten de aturdir con todo tipo de ruidos de pésimo gusto, con “música general sin tregua y sin motivo en lugares de descanso”. “Te agrede con su gusto musical de

chucuchucu barriobajero”, “y te agrede el cura párroco con sus parlantes dementes el domingo a las siete de la mañana para pedir a la gente que vaya al encuentro con Dios y por ahí derecho te manda un Jerry Rivera atronador”. Entre las contaminaciones nacionales, afirma Rincón, ésta es la más propagada, la más incontrolada, la más impune. Violar la intimidad, en la mentalidad del colombiano, “no es un c.d. a todo volumen, sino una metrallera repetidora”.

Eso está muy bien. Incluso le creeríamos a Rincón si un poco más adelante no escribiera la crónica exactamente contraria: “Me conmueve de admiración [...] el grupo que lleva frutas en cosecha y va por los barrios, con altoparlantes remendados, ofreciendo lo que escojás por mil pesos”, “me parece música esa oferta vociferada en los barrios por quien arregla tuberías, cañerías, estufas, calentadores y escapes en general”. ¿Al fin, en qué quedamos?

Y así, varias veces, cuando no nos desgaja el bendito tema de la culpa colectiva; esto es, que lo que pasa aquí es culpa de todos nosotros. Que me perdone Rincón, no es sólo él, sino en general el periodismo nacional el que maneja con atrevimiento todos los días esa forma de autojuzarnos, de echarnos sobre los hombros las culpas de todo lo que pasa. Para Rincón, como para muchos periodistas críticos, Colombia siempre es “nos”, no “ellos”, sobre todo cuando hay crímenes que repartir. Es la teoría de la culpa colectiva, que tanto me enardece. Es una de las razones por las que siempre escribo en primera persona. El expediente es sencillo, permite compartir la falta, sentirnos todos un poco mal, un poco bien y, sobre todo, hacer la vista gorda a los que, si no causaron el mal, se están aprovechando de él, sobre todo a través de la manipulación de los medios de comunicación.

Yo creo que gran parte del problema son los mismos periodistas que juegan al juego que los “malos” corruptos quieren hacerles jugar. Lo digo porque en Rincón es patente esta tendencia, y el libro termina casi

convirtiéndose en un catálogo de pecados que tenemos que redimir de cualquier manera. Tenemos que buscar vocaciones, según él, para hacer las cosas bien y pedir disculpas a toda hora por lo que se supone que hacemos mal.

Por otra parte, el periodista en Colombia habla sobre cualquier cosa con una ligereza exasperante. A menudo nos dan clases de derecho a los abogados o de ciencia política a los politólogos, o pretenden en una frase pasar de la culpa colectiva a encontrar un cómodo culpable de todo, como cuando Rincón afirma por ahí algo como que “los dos partidos políticos llevaron al país a este desbarajuste”, despachando de un solo trazo una de las dudas sociológicas más punzantes de nuestra historia. Si fuera tan fácil, como dice el paisa, “ya se supiera”.

Ni qué hablar de la historia que manejan. En algunas crónicas, el periodista nos entrega más o menos la historia contada a los niños, como lo hacen la mayor parte de las revistas. Y, además, con erratas. En primer lugar, vemos en este libro varios errores históricos y mitológicos, como atribuir a Bachué la apertura del salto de Tequendama, o anacronismos como ubicar al general Hermógenes Maza, “a comienzos de siglo”, un siglo que no puede suponerse ser otro que el XX. Del mismo modo, no faltan los comentarios ambiguos, como que la fama de José Celestino Mutis comenzó a extenderse “principalmente en Suecia”, lo cual no es más que una interpretación libre de su amistad con Linneo. En otros casos, se queda corta su información, como al reclamar para el departamento del Huila el octavo lugar como productor nacional de café, cuando la realidad, si se estudian las cifras desde hace por lo menos quince años, es muchísimo más contundente.

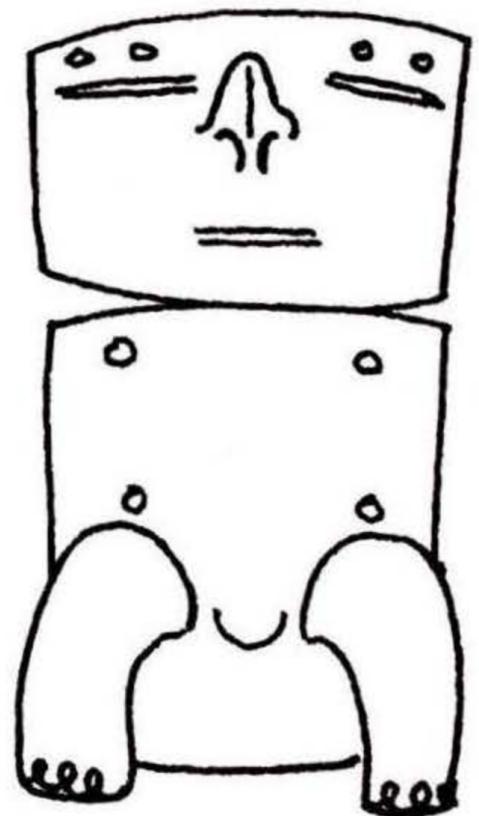
Pero también hay aciertos en este libro, y no son pocos. Cuando las cosas están más trabajadas, Rincón demuestra talento como escritor. Sus perfiles están a veces muy bien delineados. Algunos, célebres ya, retratan de un solo trazo a un personaje. Así, ese Valencia Cossio, “intuitivo,

trabajador y mal preparado como casi todos los políticos”. Acierta Rincón a meter la cabeza en medio de la escena cuando una presentadora de televisión promete mostrar a Hernando Santos “al desnudo” y el presentado comienza a quitarse la ropa delante de la cámara, o nos hace una excelente nota biográfica del cura Marianito, de Girardota, “un pueblo grande, caliente y pecaminoso”, refugiado en una caverna desde la cual atendía a sus fieles, tanto que, al decir del autor, la guerrilla no se ha atrevido nunca con la población de Angostura, porque para eso la protege Marianito. Así también la semblanza de Alberto Aguirre, igualmente de Girardota, el famoso “doctor NO”. “En cada discusión pública o privada interviene. Sobre los derechos civiles en Zambia o sobre la zaga central del Liverpool o sobre la ineficacia de los rayos gamma en la prevención del Alzheimer, Aguirre interviene”. Igualmente es encantadora la presentación de la “chiva Cortés”, un personaje al que un secuestro le hizo más bien que mal: “De primerazo es antipático. Por mandón, por enérgico, por escéptico”. Lo que la “chiva Cortés” descubre, en cautiverio, es lo mismo que descubre Wilde un siglo atrás, en prisión: la humildad.

Rincón también brilla en la pincelada con paisaje y con humor. Por el sur, nos dice con acierto, Bogotá limita con los departamentos del Meta y del Huila, frase que nos recuerda a don Miguel Antonio Caro cuando decía que más allá del Puente del Común, “todo es Boyacá”. Y debo citar esa frase que inaugura un artículo y que con tanta razón elogia Caballero: “En Cali la gente se sigue vistiendo todos los días como si todos los días fueran viernes”. Ya el lector queda atrapado.

Ni siquiera nos ahorra a veces la poesía, como cuando por ahí nos dice que Dios “ordenó al cuarto día por la mañana que se hiciera presente la clorofila en pleno y la instaló a vivir ahí, unos kilómetros antes y unos kilómetros después de Sopetrán”, o cuando visita algún lugar de la cordillera del Quindío:

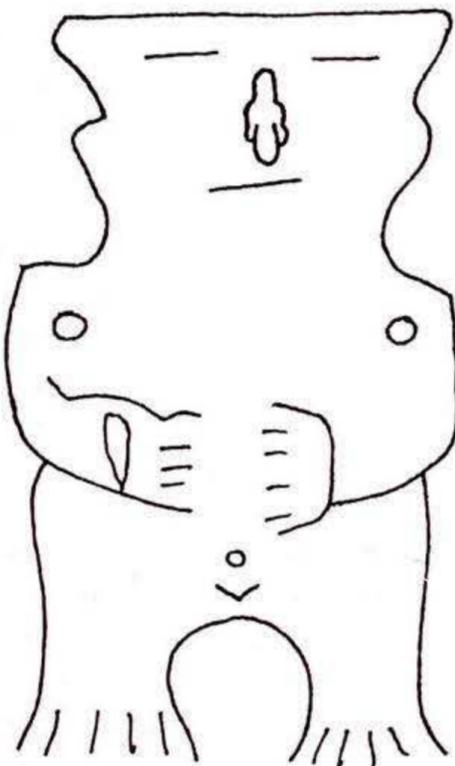
“Desde allí —juro—, esta mañana clara desde la cual hablo, se mira al frente y se ve hasta siempre”. Eso lo que demuestra es talento narrativo, como este otro pasaje, que se me antoja encantador: “Hay muchachas de medicitas tobilleras, de trenzas intactas y de carcajadas sonoras, que bajan por Argentina o por Echeverri felices de la felicidad de tener trece, de comer mango biche con sal o de chorrearse el uniforme azul con la paleta de mora encendida que se me derritió en la mano bruta”. Perfecto, digo yo. Mejor que todo el resto de la crónica.



Esos trazos atravesados por la nostalgia son lo mejor de Rincón, “esa siesta colectiva que Medellín hacía mientras sonaban en el fondo los personajes de las aventuras de Montecristo”, que sólo puede reportar un buen observador, el “adonde la llevo, mi amor”, de los taxistas de Medellín, en apuntes sociológicos que servirán para escribir un día la historia, y hasta comentarios simpáticos de raigambre bastante paisa: “Un metro siempre será un metro. Un metro sesenta y cuatro será siempre la estatura de Natalia París, por mucho que crezca para los lados y para el frente. El sistema métrico lineal es implacable”.

Y así aquí y allá, el libro es no solamente rico en información sino

que abunda en constataciones curiosas: “No he encontrado a nadie que tras dos o tres tragos me diga, en tono confesional, que es heterosexual”. Rincón advierte, cosa que quizá ningún otro habría hecho, que Apartadó tiene casi el diez por ciento de las canchas de fútbol que hay en el país y nos divierte observando a esos personajes que rinden culto a su carro lavándolo y embetunándolo todos los sábados, mejor todos los días si se puede. Y no hay tema al que se le arrugue, de modo que hay siempre algo sobre la globalización, el consabido análisis del once de septiembre, algún artículo que se burla de la jerga en boga, también la consabida diatriba contra López Michelsen, negando sus dotes intelectuales (lo cual, confieso, no deja de sorprenderme, pues personalmente son las últimas que le negaría, ateniéndome sólo a su valor como escritor). En fin...



Me identifico cuando el periodista pone en tela de juicio todas las leyes zanahorias que, en el fondo, no ocultan más que represiones contra la libertad. “Las noches se están perdiendo para la vida —dice Rincón— y va creciendo la idea de que la noche es mala, sinónimo de vicio, cuando la noche es ni más ni menos que la mitad de la vida”. Sí, es cierto, Bogotá es la única capital del mundo en la que está prohibida la mitad

de la vida, sólo superada por la Moscú de Stalin o la Berlín de Hitler. Buenos Aires sólo vive en la noche, y ahora es más pobre tal vez que nosotros, y no por eso la delincuencia es mayor. Seguir ideas así es como afirmar que como hay sicarios hay que prohibir las motos. Pero, al fin y al cabo, en el país de los ciegos el lituano es el rey. Y que conste que el que esto escribe es admirador de Antanas Mockus y le reconoce muchos de los cambios de esta ciudad, que era de pesadilla, aunque se haya quedado sin un centavo en sus arcas...

Pero cuando muestra mayor talento Rincón es en algunos reportajes como un excelente *collage* de noticias (pág. 84), o en viñetas como la que describe los miércoles franceses.

Y como la reseña literaria no debe obviar los defectos o lapsus de escritores o de editores, señalaré que hay unas cuantas faltas. En la página 82 se habló de que “las casas de modelaje les hacen contratos que las ata a sus eventos y clientes”, hay palabras dudosas, como “mafiosismo” y una conjugación que, cuando menos, da para una discusión (pág. 255): “la insensatez que nos asuela”.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

## Magia sólo hay una

### Amazonia

Juan Carlos Galeano

Colección Poesía Casa Silva, Bogotá, 2003, 109 págs.

Las editoriales son, por rango y pronuntuario, unas mercenarias del cuerno. Pero ahora resulta que las triquiñuelas para las ventas rápidas de las empresas comerciales están pasando a las imprentas serias y que tienen hasta colección de poesía. O acaso a las editoriales que se distinguían por un compromiso con la obra y no según el número de ejemplares que ésta lo-

grara vender a como diera lugar<sup>1</sup>. La Casa Silva, habiéndose convertido en un instituto de vasta resonancia, es una excepción en el mar de las ventas. Por la poesía, todo; contra la poesía, nada. Buena consigna, entonces, mucho mejor que la de un párroco sin afeitar de Habana la vieja. Y un poco de publicidad no hace daño. Pero esto, como todo en la vida, tiene sus bemoles. La solapa de la carátula de *Amazonia*, el libro de Juan Carlos Galeano, trae unos elogios que son ya el *ya no, ya no ya* (versión criolla de aquel non plus ultra de Juvenal y Catulo). El primero es de Juan Manuel Roca, quien toma las precauciones de la diplomacia: “Ir a su poesía [la de Galeano] es hacer una expedición a un país mítico y solar, frutal y evocador”. Luego viene Raúl Zurita —gran poeta y mitómano irredimible como el noventa y cinco por ciento de los poetas chilenos—, cuyos elogios sólo podrían ser muy suaves para no pisarse la capa —la que usaba Pablito Neruda en Temuco— el ego que se maneja el creador de *Anteparaíso*. Así, pues, suelta lo que sigue:

*Juan Carlos Galeano ha escrito un libro extraordinario... Su voz es completamente nueva, no oída antes, y cumple con la proeza de agregarle a la poesía de nuestro tiempo la inmensidad de un universo que faltaba.*

Vaya responsabilidad la del libro de Galeano (¿no le daría a su autor un poco de vergüenza ajena leer estas tamañas conjeturas, o es que él, como tantos otros, también se la cree?) ante los lectores que no conocen al personaje, no tienen pelos en la lengua y no juegan al hoy por ti, mañana por mí. Es decir, leen el libro con la cautela que exige el haber leído las presentaciones de la publicidad. Ojalá que Juan Carlos Galeano *no* tenga nada que ver con estas trenzas, amarres, argollas, pateríos (del Perú) y cuateríos (del mero mero: el De Efe, pos mano). Ojalá, ojalá. Porque después viene la conexión pentacampeona en la pluma de Ferreira Gullar, quien le agradece (ojalá, oja-